

—Anda, Pedro, vete a bailar con Marta.

El doctor Renaudin invitó a la señorita Gobelin, la cual, después de haber dejado el colmillo fósil en la vitrina, se puso rápidamente los guantes, y dijo:

—Vamos a desplegar nuestras gracias.

XXIII

DIVAGACIONES

Una tarde leía yo Virgilio en mi cuarto. Ya en el colegio me había sido grata su lectura. Desde que los profesores no me lo explicaban lo comprendía mejor, y ningún obstáculo se opuso entre mis ojos y sus bellezas. Leía la *Egloga* 6.^o con verdadero deleite. Mi cuarto, pequeño y humilde, se convirtió en gruta, donde Sileno adormecido dejaba caer su corona junto al joven Chromis, el joven Mnasyte y Eglé, la más hermosa de las náyades. Oíamos al viejo embadurnado con sangre de moras, cuyos cantos hacían triscar acompasadamente a los faunos y a los animales montaraces y enseñaban a las encinas a balancear sus copas altaneras. Decía de qué modo, en el inmenso vacío, se reunieron las semillas de la tierra, del aire y del mar; de qué modo el globo líquido del mundo empezó a endurecerse, a encerrar a Nerea en el océano y a tomar poco a poco las formas de las cosas. Relataba la sorpresa de la Tierra al ver brillar el sol nuevo, y de qué modo caían las lluvias desde las nubes más distantes. Entonces, por primera vez se produjo el crecimiento

de los bosques, y extraños animales aparecieron en las montañas desconocidas. Habló también de las piedras arrojadas por Pyrrha; del reino de Saturno, de las aves del Cáucaso y del hurto de Prometeo.

Aquel día no seguí a Sileno más adelante. Admiré bajo los velos erizados de la poesía el sentimiento filosófico de la Naturaleza.

Después de haber conocido esas interpretaciones de los orígenes de la Tierra, ¿cómo soportar las cosmogonías orientales y sus fábulas bárbaras? Virgilio prestó a su Sileno el lenguaje de Lucrecio y de los griegos alejandrinos; y así pudo concebir una idea de los orígenes de la Tierra que se acomoda con la ciencia moderna de un modo sorprendente. Se cree ahora que el sol irradiaba mucho más calor y extendía su esfera inmensa más allá de la órbita actual de Neptuno; que al contraerse por enfriamiento, abandonaba de cuando en cuando en el espacio, que ya no cubría, anillos de su substancia que, rotos y contraídos a su vez, formaron los planetas de su sistema. De este modo se supone que tuvo origen la Tierra, difusa y flúida al principio, y gradualmente condensada. Después de las pesadas lluvias de metales en fusión que cargaban su atmósfera ardiente, cayó de lo alto de las nubes el agua de las lluvias fecundas. Precisamente dice lo mismo el viejo Sileno. El globo estaba al principio cubierto por un mar caliente y poco profundo. Los continentes aparecieron sobre la superficie. Por fin el aire fresco y puro permitió ver el sol. Yerbas y

helechos gigantes coronaron las montañas. Nacieron los animales, y el último de todos nació el Hombre. Así en un tiempo inmemorial se realizó el destino que debía convertir la Tierra en perpetua mansión del crimen. Las plantas absorbieron con sus raíces el jugo de la tierra; se alimentaban y crecían. Únicas inocentes entre todos los seres, formaron la substancia viva y destilaron con maravilloso instinto substancias sin vida o por lo menos sin organización, porque de nada puede decirse en el mundo: esto no tiene vida. El desarrollo vegetal permitió que nacieran los animales.

Rara per ignotos errant animalia montes.

Los primeros animales miserables, sin vértebras y sin cerebro, se alimentaron con las yerbas en los bosques. De este modo la vida animal empezó a mostrarse devoradora. ¡Ah! No decimos nunca de un árbol que se le condena a muerte, y sin embargo debiera decirse, por qué se le quita la vida. ¿Es o no sensible? Se le niega la sensibilidad, se afirma que no dispone de órganos para sentir, que no constituye un individuo y que no tiene idea de su existencia. Sin embargo celebra himeneos cuyo esplendor y cuya fecundidad nada sobrepaja, y si, contra lo que yo supongo, es insensible, no por esto deja de hallarse vivo; y condenarle a perecer es atentar contra la vida, como cuando se condena a una bestia.

Las especies animales sucesivamente ligadas las unas a las otras, fueron cada vez más inteligentes y más fuertes; adquirirían un cerebro y un sistema nervioso que les daban conciencia de sí mismas y las ponían en comunicación con el mundo exterior. Unas se alimentaron con yerbas, pero la mayoría devoraban la carne de otros animales pertenecientes a especies de menos fortaleza y de menos astucia.

Infelices habitantes de los bosques y de las montañas, no era suficiente que su existencia se hallase amenazada por el hambre, la enfermedad y la muerte, sino que debía deslizarse desde el principio al fin entre el miedo al enemigo y los terrores que hasta para los más brutos no dejaban de ser horribles. El hombre nació el último de los animales, emparentado con ellos y semejante a algunos. Las palabras con que aún se le designa indican su origen. Se le llama humano y mortal; se le atribuyen nombres más propios de animales salvajes, como él habitantes de la Tierra y como él sujetos a la muerte. El hombre es más inteligente que sus hermanos, pero su inteligencia no es de naturaleza distinta. Es superior, pero no hay en él nada que no haya en los demás. Y lo que le iguala a todos ellos es la obligación a que se halla sometido de alimentar su vida con algo vivo; es la ley del asesinato, que se le impone como a los demás y le convierte en un ser feroz. Es carnívoro; para no avergonzarse de matar a sus hermanos reniega de ellos; se vanagloria de un origen superior, pero todo indica su pa-

rentesco con los animales. Nace como ellos, se alimenta como ellos, se reproduce como ellos y muere como ellos. Está sometido, como ellos, a la ley de la matanza, impuesta a todos los habitantes de la Tierra. Se sirve de su incomparable inteligencia para someter a los animales que le son necesarios, y aun cuando posee establos bien provistos, la caza es su ocupación favorita. Este ha sido el mayor goce de los reyes, y lo es aún; se entregan a la matanza con una embriaguez que no sienten los demás animales. Como las bestias feroces que no se comen unas a otras, los hombres se abstienen de devorar carne humana; pero si no asesinan a sus semejantes para comérselos, los asesinan para quitarles algo, de que disfrutaban, para impedirles el goce de sus bienes, o sólo por el placer de matar. Esto es lo que se llama la guerra, y los hombres la propagan con ansia. Sin duda no se les ocurriría cometer este crimen extravagante si la necesidad de matar animales para vivir no les hubiese preparado a ello. El Destino lo decidió: desde los orígenes de la especie hasta los tiempos actuales, la Tierra se halla consagrada al crimen y seguirá su vocación hasta que cese la vida por completo. Matar para vivir es una ley eterna.

Me preocupaba esta obligación a la cual nadie logra sustraerse. El sol se había hundido en el ocaso, abrí la ventana, contemplé las estrellas, poco a poco encendidas en el cielo, y reflexioné con horror que el destino de nuestro mundo, lejos de ser único en su atrocidad, tal vez sea el destino de miríadas y

miríadas de mundos, y que en los espacios infinitos, donde haya seres vivos estarán sujetos a la misma ley que nos ha sido impuesta. Las estrellas ¿son mundos habitados? Los únicos planetas que vemos son los de nuestro sistema. Son nuestros hermanos, y como nosotros hijos del Sol; pero ni se formaron al mismo tiempo que la Tierra ni se hallan a igual distancia del astro que nos da la vida. Algunos tal vez sean demasiado jóvenes para crear, los otros ya son demasiado viejos. Los hay envueltos en una atmósfera densa que parece sofocante; los hay con atmósfera enrarecida, irrespirable para seres como nosotros; los que vemos más allá del Sol ocupan regiones frías y tenebrosas. No es posible asegurar que esos astros no alimentan, no hayan alimentado o no puedan alimentar seres vivos sobre su corteza; para afirmarlo sería preciso conocer mejor las condiciones en que la vida puede producirse. Ojalá que los hermanos de nuestro mundo logren producir seres menos desdichados que nosotros. Pero, cada sol que vemos como un punto de luz en la lejanía de los espacios etéreos ¿lleva consigo un cortejo de planetas, y esos planetas tienen habitantes? Nos inclinamos a creerlo, porque ya se averiguó que todos los soles aproximadamente se hallan compuestos por iguales materias. Y podemos juzgar de esos astros lejanos por el que nos alumbraba.

Si lo consideramos serenamente, si constituídos como la Tierra, todos los mundos son habitables, lo

fueron o lo serán; si esos habitantes se hallan sometidos a las mismas leyes que gobiernan nuestro mundo: el mal ha llegado al colmo, abarca lo infinito, y al hombre prudente no le queda más remedio que abandonar la vida o reírse de una aventura tan graciosa.

Rara per ignotos errant animalia montes.

Viejo Sileno embadurnado con sangre de moras por la más hermosa de las náyades: ¿adónde me ha conducido ese verso que tú cantabas en Mnasile, ante la joven Eglé, ante los faunos y las encinas de los bosques? Canta, canta Pasiphaé, divino borracho y ayúdame a olvidar mis tristes delirios.

XXIV

FELIPA GOBELIN

Durante el invierno parisién, cuando las calles oscuras, húmedas y frías contribuyen a que sean más agradables los salones calientes y bien iluminados, pasábamos muy agradables veladas en casa de los señores Danquin, en la vieja calle de Saint-André-des-Arts. Rodeado de armarios profundos llenos de minerales y de fósiles, el salón de los señores Danquin, aun ofrecía campo suficiente a la juventud bailadora, que pirueteaba ante aquellos testigos de un pasado inmemorial, sin que la inquietara el perpetuo derrumbamiento de las cosas más de lo que inquieta a las falenas que revolotean en círculo durante las noches de verano.

La mayor parte de los frequentadores de aquella casa pertenecían a familias modestas de sabios y de artistas. Los hombres iban de chaqueta, las señoras sin descote. Nada de lujos, ninguna elegancia, pero mucha alegría y cordialidad.

Todos los sábados acudíamos allí la misma gente: Marta y Claudia Bondois, Edmé Giréy, Magdalena Delarche, las dos primas; ésta, esbelta, pálida y

ensoñadora, y aquella lozana, de poca estatura y risueña: el amor celestial y el amor profano; y se decía que el amor celestial llevaba un bonito dote. También acudían dos o tres sobrinos y sobrinas de la señora Danquin, que por no tener hijos era para todos una madraza; mi amigo Fontanet, llevado por mí nuevamente a la casa, y decidido a regirla; el doctor Renaudin, joven médico establecido desde poco antes en el barrio, donde se procuraba clientela; bajito y moreno, que se suponía viejo a los treinta y cinco años y en realidad era el más animado entre todos; algo bohemio, algo pedante, sus ropas olían a bailes públicos y a salas de hospital; era sorprendente la sagacidad de su inteligencia; su conversación, de propósito poco delicada, me chocaba y me complacía. Sin ser del todo inocente, ignoraba yo los misterios de la Naturaleza, que me inspiraron mucha curiosidad; y me asombraron las revelaciones brutales del doctor Renaudin, que perturbaban mis ensueños y destruían mis ilusiones.

No pude precisar si aquel hombre, moreno y bajito, con las mejillas azuladas, bufón y sabio a la vez, era digno de afecto o de odio. Veinte años más adelante hubiera considerado al doctor Renaudin un buen compañero de mesa, y deseara comer a su lado no lejos de Anatolio de Montaiglon; pero en aquel tiempo me obsesionaban las delicadezas.

Elisa Guerrier, que había obtenido un premio de piano en el Conservatorio, frecuentaba las reuniones de mis padrinos. Ignoro por qué mi padrino

prefería a Elisa Guerrier entre todas las muchachas que coronaban su mesa y florecían su casa. No era posible suponer ninguna afinidad entre aquel burgués pulido, barrigudo, meticoloso, y la joven artista lírica de perfiles hermosos y fuertes, de carácter varonil y dificultoso. Por lo que a mí se refiere ya era otra cosa: un sentimiento del arte antiguo, profundo, arraigado, innato, sin duda me hizo descubrir en Elisa una belleza en la cual se mezclaban armoniosamente los caracteres de ambos sexos; pero aun cuando ella se hubiese mostrado algo amable conmigo, la hubiera sido muy difícil vencer mi timidez; me inspiraba naturalmente un terror sagrado, fortalecido por su indiferencia abrumadora. Fué, en el orden de los tiempos, la primera de las bellezas mortales que yo consideré como diosas.

Quien se acomodaba mejor a mi timidez en casa de los señores Danquin, y cuya conversación satisfacía lo más posible mis ansias de saber y de gozar, era la señorita Gobelín, muy pulcra en labores caseras y lectora insaciable, cuyo carácter abarcaba desde la prudencia a la locura, cómica y melancólica, que lo había leído todo y lo recordaba todo; en un mismo instante olvidaba y se daba cuenta de su fealdad, y empleaba su extraña erudición en bur-las comogónicas acerca de su nariz, terminada en una especie de huevo, huevo místico y fecundo, como el huevo de Orfeo y el de Osiris.

—Un día—afirmaba gravemente—al estornudar

sacaré de ese huevo muchedumbre de geniecillos minúsculos, unos alegres, otros tristes, que difundidos por el Universo se alojarán en el cerebro de los hombres y contribuirán a que sean menos locos y menos tontos que al presente.

Reía, pero hubiera cambiado con gusto su mucha inteligencia por el rostro de Edmé Girey o por la figura de Magdalena Delarche.

Lo advertí varias veces, y sobre todo en una circunstancia que me dió qué pensar y me hizo descubrir por primera vez las profundidades del corazón femenino. La señorita Gobelin había estado aquella noche muy oportuna, y había bailado no sé qué danza española con gracia y delicadeza. La elogí sinceramente; le dije que no sólo mostraba su talento en la conversación sino también al cantar, al reír y al bailar. Ella me oyó sin entusiasmo; le dije que me maravillaba la vivacidad de su inteligencia, y prolongué la descripción de los dones intelectuales advertidos en ella. Sentí, al terminar mi discurso, el desdén casi despreciativo de sus ojos, que se apartaban de mí. El doctor Renaudin se acercó a ella y le dijo:

—Señorita, usted siempre es hermosa, pero lo se todavía más cuando baila el fandango.

Consideré aquel requiebro algo vulgar, pero Felipa lo pagó con una mirada luminosa y dulce que hizo realidad la lisonja, porque en aquel momento la satisfacción la transformaba: casi era bella.

Se bailaba mucho en casa de mi padrino, y re-

cuerdo aún la encantadora fatiga que idealizaba el rostro de Marta Bondois después de cada vals. El doctor Renaudin introducía de vez en cuando en las danzas más correctas, actitudes aprendidas durante su estudiosa juventud en los bailes públicos de los barrios latinos, pero la señora Danquin era demasiado inocente para comprenderlo. Yo bailaba muy mal. La señorita Gobelin, a la cual solía emparejarme su escasez de pretendientes, lamentaba mi poca destreza, y algunas veces ofreció darme lecciones.

Yo prefería al baile los juegos de prendas y las charadas, muy frecuentes en casa de mi padrino. No se me olvidan algunos besos dados a través de los barrotes de una silla a Edmé Girey y a Magdalena Delarche, besos que a pesar de ser públicos y permitidos no carecían de dulzor. Pero las charadas me agradaban más; compendiaban todos los espectáculos: drama, comedia, pantomima, bailables y ópera. Para las decoraciones, los trajes y los accesorios, poníamos a contribución los armarios, los muebles, la vajilla y todos los objetos de la casa. Nuestras representaciones exigían grandes elementos. Con frecuencia nos encargaban el escenario a Felipa y a mí, y entonces la charada, contra los preceptos de Boileau, era burlesca y alegre. Felipa Gobelin, incomparable cómica, representaba de un modo genial todo género de chanzas.

Su obra maestra—y mía también, porque intervine en ella—fué una charada en tres partes. Por

desgracia se me han olvidado la *primera* y el *todo*, y esa obra dramática tiene en mi memoria un estado semejante al de casi todas las trilogías del teatro griego que llegaron hasta nosotros. Naturalmente, su importancia es menor. Recuerdo la segunda parte, cuyo asunto era la danza del rey David ante el Arca y al son de su arpa profética. David era la señorita Gobelin, que se había colgado de las orejas una luenga barba azul de punto de media, y debajo de su nariz natural acentuaba cómicamente la expresión del rostro. Cubría su cabeza un turbante de cachemira rematado por una tetera de cobre; envolvía su cuerpo en una tela oriental; recorría con sus dedos los barrotes del respaldo de una silla dorada, y ejecutaba con gravedad una danza hierática en la que lucía la longitud excesiva de sus brazos, de sus piernas, de sus pies, y la sequedad angulosa de sus codos y de sus rodillas. Tras ella, Elisa Guerrier acompañaba su canto con el rasgueo de una espumadera. En cuanto al arca,

Por cuyo poder, torres muy altivas cayeron
y del Jordán las aguas yertas retrocedieron,

era el costurero de la señora Danquin, la cual al verle inclinado conforme a los textos, exclamó desde el fondo de la sala: «¡Mañana lo encontraré todo enredado!»; porque dentro del arca estaban el cañamazo y los ovillos de lana de colores con que la señora Danquin bordaba unas zapatillas para el señor Danquin.

Pero el triunfo mayor de aquella noche correspondió al doctor Renaudin, el cual había logrado componer, no se sabe con qué misteriosas argucias, un traje que recordaba sin género de duda el uniforme de un guardia municipal. Al presentarse mostró sus puños enormes, y voceó: «¡Circulen! ¡Circulen!», para dispersar a todo el Pueblo de Israel.

El señor Danquin agitaba sobre su vientre los dijes de su leontina con una carcajada estrepitosa, y aplaudía al doctor Renaudin, cuya satírica intención vengaba a los parisienses de las brutalidades ejercidas contra ellos por los polizontes, inspiradas según creencia general por el Emperador y el Gobierno.

—¡Bravo!—gritaba mi bondadoso padrino, que siempre detestó a Napoleón III, tanto como adoró a Napoleón I.